

**IDEA DE NACION, INMIGRACION Y
"CUESTION SOCIAL" EN LA HISTORIOGRAFIA
ACADEMICA Y EN LOS LIBROS
DE TEXTO DE ARGENTINA (1912-1974)(*)**

FERNANDO J. DEVOTO *

La idea de que la nación no es una realidad histórica procedente del fondo de los tiempos sino una construcción relativamente reciente se ha abierto paso velozmente en la historiografía occidental en los últimos años. Para llevar a cabo ese proceso constructivo, sostienen los historiadores, los nacionalismos han apelado en algunos casos a las tradiciones culturales precedentes, en otros las han inventado; la nación, concluyen, no sería preexistente al Estado y al nacionalismo, sino posterior a él.⁽¹⁾ Un aspecto interesante de este planteo es que no deriva sus argumentos principalmente de un análisis de la situación de las nuevas naciones del tercer mundo o aun de las relativamente tardías conformaciones políticas europeas o hispanoamericanas del siglo XIX, sino que se basa especialmente en el estudio de aquellos antiguos Estados europeos acerca de los cuales el sentido común presuponia que constituían el ejemplo más convincente de la larga duración de las naciones.

La comprobación del carácter histórico y reciente de la formación de las naciones es de utilidad para abrir un conjunto de interrogantes y de líneas posibles de investigación acerca de las relaciones existentes entre formación de la identidad nacional, rol de la escuela y enseñanza de la historia. En este punto como en otros, sin embargo, las aseveraciones demasiado generales ocultan más de lo que esclarecen, en tanto las formas y contenidos de los procesos constructivos de las naciones pueden variar fuertemente en función de la coyuntura histórica, de las percepciones de los grupos dirigentes o de los climas ideológicos que los orientan. Así, por ejemplo, aunque en todos los casos la escuela jugó un rol de significación a los efectos de imponer un conjunto de valores sobre los habitantes de un determinado territorio, el hecho de cuáles eran los valores que debían enfatizarse y cuáles los instrumentos de transmisión de los mismos pudo presentar relevantes diferencias en los distintos casos nacionales. En el caso francés por ejemplo, lo ha mostrado convincentemente Mona Ozouf, la historia nacional ocupaba un lugar

* Universidades Nacionales de Buenos Aires y de Luján.

central a los efectos de construcción de la identidad nacional en la estrategia política de dirigentes de la tercera república.(2) En ella serían los nuevos historiadores laicos radicales los que, desde los manuales que producirían, desde los planes de estudio que prohicieron o desde los estratégicos cargos institucionales que ocuparon, construyeron en torno a la historia la instrucción cívica de los jóvenes.(3) El rol de la historia en cambio, en el caso italiano parece haber sido mucho menos significativo tanto a los efectos de la conformación de una identidad nacional como a los confluente de inculcar ciertos valores sociales al conjunto de la población. Ello podía ser el resultado tanto de aquel distanciamiento entre intelectuales y el propio pasado nacional que caracterizaría con pesadas consecuencias futuras a la Italia liberal como de las posiciones de una élite política finisecular que desechaba cualquier posibilidad de identificación con el pasado preunitario juzgado en términos tan negativos como que se lo imaginaba el responsable de los (súbitamente redescubiertos) exasperantes atrasos de ese presente.(4)

Las relaciones entre enseñanza de la historia y construcción de la nación presenta otras valencias y otros acentos en el ámbito sudamericano y aun dentro de él, aunque es claro que la centralidad del problema era cierto no menor sino aun mayor que en el caso europeo. En algunos casos el recurso a la historia nacional podía servir para fundar una legitimación de un Estado reciente acerca del cual Estados vecinos abrigaban (o habían abrigado en el pasado) ciertos derechos. El ejemplo del Uruguay era en este sentido revelador. Como subrayara en su libro póstumo Carlos Real de Azúa,(5) la necesidad de encontrar una serie sucesiva de fenómenos que sirviese para demostrar la existencia, ya desde el período hispánico, de móviles independentistas fue uno de los motivos portantes de la historiografía uruguaya desde el siglo XIX hasta nuestros días. La "invención" de una tradición, en la forma de un destino prefijado por la naturaleza y por la voluntad de los hombres, buscaba sin embargo no sólo refutar aquellas otras interpretaciones historiográficas que veían el nacimiento del nuevo país como resultado arbitrario de la diplomacia, sino en especial contribuir a través de la erudición histórica a cimentar una conciencia nacional. Para hacerlo, la apelación al pasado debía superar el estrecho debate de los estudiosos para proyectarse sobre el conjunto social a través de la lucha por imponer una liturgia festiva en torno a ciertas fechas y ciertos próceres.

La búsqueda de construir un pasado nacional que justificara el destino unitario de lo que había quedado del antiguo virreinato, motivaba también la publicación de aquella obra que legítimamente puede aspirar a ser el punto de partida de la historiografía argentina: la *Historia de Belgrano* de Mitre. Como había sostenido con perspicacia José Luis Romero, no era casual que esa saga naciera en aquel momento crítico de división y conflicto entre la Confederación Argentina y el autónomo Estado de Buenos Aires.(6) Y si algo cimienta aquella obra es la convicción de la legitimidad histórica del destino unitario de las Provincias Unidas.

La obra de Mitre sin embargo no fundó inmediatamente ninguna tradición; lo haría muy posteriormente cuando desde fines de siglo se multiplicarían las ediciones populares de sus obras mayores o, quizás aun con mayor eficacia, a través de aquellas *Páginas de*

Historia que recuperando retratos y episodios buscaban a través del elemento dramático y de la forma narrativa elegida popularizar la historia patria.(7) En aquellos años iniciales del reunificado Estado argentino no parece en cambio tan evidente, o al menos prioritaria, la necesidad de imponer un consenso ideológico en torno al culto de un pasado nacional como el que proponía la *Historia de Belgrano*. Y ello es probablemente así porque, aunque el nuevo grupo dirigente argentino no despreciaba o subestimaba de ningún modo el papel modelador de la educación, no percibía probablemente amenazas o resistencias a su modelo político tales que justificaran la utilización de un antídoto histórico a través del sistema escolar. El canal educativo por el contrario parecía un vehículo más necesario para la imposición de nuevos valores sociales que de ciertos valores políticos. La modernización y no la identidad nacional, que era probablemente dada por descontada finalizado el proceso de integración territorial y de organización constitucional, era lo que preocupaba prioritariamente a grupos dirigentes dispuestos por lo demás a valorizar rápidamente doctrinas como el darwinismo que podían inclinarlos hacia un modelo educativo en el que ocupara un mayor espacio la enseñanza de las "ciencias aplicadas" y no las humanidades.(8)

En ese clima de ideas protopositivista en los sesenta-setenta y positivista en los ochenta, la enseñanza de la historia nacional no parece adquirir ningún lugar relevante. Así por ejemplo, ocupaba, al igual que la geografía argentina, un lugar modestísimo en el plan de estudios inicial del Colegio Nacional de Buenos Aires en 1863 (ambas se enseñaban conjuntamente en primer año como "Historia y geografía de América y de la República") y algunas reformas a los planes de estudio de los colegios secundarios como la de 1879 también suprimían el dictado específico de aquéllas.(9) En un contexto general de todos modos de marchas y contramarchas que los sucesivos planes de estudio revelan, las escasas referencias acerca de un mayor énfasis en materias como historia o geografía argentinas aparecen ampliamente compensadas con otras a favor de un mayor énfasis en disciplinas científicas. Por lo demás, aunque la Argentina estaba recibiendo desde hacía décadas ya un elevado contingente migratorio, no parece que el problema haya sido relevante en el momento por ejemplo de discusión de la ley 1420.(10) Seguramente sería necesario realizar investigaciones más extensas que incluyan una revisión de los textos utilizados y de las circulares ministeriales para formular conclusiones menos azarosas; sin embargo dentro de los límites del escaso material consultado todo parece sugerir que el problema de la construcción de los argentinos en torno a los mitos que pudiera proveer la historia nacional no era un tema central en los treinta años sucesivos a la definitiva organización nacional concretada en 1860.(11) Por lo demás, la apelación a la historia nacional podía ser vista de modo ambiguo por las élites políticas argentinas en tanto podía ser percibida *volens nolens* como una revalorización en parte de una Argentina preexistente que no se sabía si era conveniente recuperar o combatir. En ese contexto, la polémica de Sarmiento con los periódicos italianos de 1881 acerca de las políticas culturales de las escuelas de aquella comunidad o la reforma a los planes de estudio de los colegios nacionales elaborada por Filemón Posse en búsqueda de imprimir un carácter nacional

otorgando un fuerte peso a la enseñanza de la historia argentina parecen probablemente menos el resultado de un clima general que una problemática entonces fragmentaria pero anticipatoria de ansiedades que se volverán predominantes años más tarde.(12)

El problema de la construcción de la nación deviene en cambio un tópico dominante en las élites argentinas en los quince años anteriores a la primera guerra mundial. En esa etapa una recorrida por la vasta literatura que desde ámbitos oficiales o privados se produce, revela que los temores de desintegración social como resultado del alud inmigratorio, de la cuestión social o de ambas conjuntamente concentran las ansiedades de los grupos dirigentes argentinos. Ciertamente, el grado de tremendismo de los distintos diagnósticos no es uniforme y va desde posiciones radicales como las de Ramos Mejía hasta otras más moderadas y en las que transluce una imagen optimista acerca de una solución natural de los problemas, como las de Pizzurno, el cual precisamente había sido desplazado del Consejo de Educación por el primero, acusado de tibieza en adoptar soluciones para resolver la crisis argentina.(13) Sin embargo, aun en el caso de un Pizzurno tan dispuesto a minimizar los peligros inherentes al cosmopolitismo, una pedagogía cívica basada en el culto de los próceres y sus retratos aunados con la enseñanza de la historia y geografía argentina eran la herramienta indispensable para inculcar la idea de patria en las nuevas generaciones.

La solución mayoritariamente propuesta para los males de esa imaginada Babel en la que se habría convertido la Argentina con sus escuelas de comunidades o aun públicas con aulas a veces presididas por retratos de los reyes de Italia y en las que los alumnos leían Cuore, con sus nuevas migraciones "exóticas", con su visible conflictividad social y con la difusión de ideologías contestatarias, es la educación patriótica. En ella coinciden Ramos Mejía desde el Consejo Nacional de Educación, Juan P. Ramos desde su *Historia de la Instrucción pública en la Argentina*, Carlos O. Bunge desde las páginas de *El Monitor de la Educación Común* o Arturo Massa en su libro *Educación y Gobierno*.(14) Esa educación patriótica pasa claro está, en gran medida, por la potenciación de la escuela pública y por la instauración en torno a ella de una liturgia cívica centrada en el culto del pasado nacional. Pasa también concomitantemente por el reforzamiento en los distintos niveles del sistema educativo de aquellas disciplinas capaces de proveer el conocimiento y los argumentos explicativos necesarios para fundar sobre bases más sólidas el culto a los héroes: la historia argentina en primer lugar, la geografía secundariamente. Ello era lo que proponía por ejemplo Baltasar Olaechea y Alcorta en el año del Centenario: si a la aritmética se le dedicaban cinco horas semanales no menos se le debían destinar a la historia nacional ya que ésta cumplía el papel, a través de la variedad de recursos didácticos que utilizaba, de un "medio o recurso de propaganda y de estímulo a fin de formar una juventud animosa para la patria".(15) Nada muy distinto de lo que desde las páginas del Censo Educativo de 1909 proponía Rouquette de Fonvielle desde la trinchera que suponía eran las escuelas primarias: "una cultura intensiva del patriotismo" cuyos ejes eran la historia y la geografía nacionales.(16)

Es difícil, en ese clima de ideas tan abrumadoramente dominante, sorprenderse de

la aparición de un libro como *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas. Poco hay de original en el diagnóstico que la obra propone y su afán de convertir a la enseñanza de la historia argentina (y secundariamente al castellano, la geografía y la moral cívica) en el eje de la conversión de los hijos de los inmigrantes en argentinos coloca en el centro una solución que era ya entonces sugerida por muchos. Tampoco era original su propuesta de organizar la tradición nacional en torno a la restauración, preservación y publicación de los documentos de la historia argentina; en ello había, como veremos, también precursores. Más novedosos aparecen en cambio los contenidos propuestos para los cursos de Historia con su énfasis en las identidades latina y americana de los argentinos y con su interés desatendido luego en planes y manuales, por una distribución de los contenidos en el estudio de la historia argentina que no penalizara a los períodos más contemporáneos.⁽¹⁷⁾

El interés por valorizar el estudio de la historia nacional estaba presente también entre los cultores de la disciplina y aparecía como una preocupación central del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Matienzo. La "entusiasta y patriótica" gestión del Decano era compartida por el Profesor de Historia Argentina de la institución, David Peña, el cual sugería un amplio plan de acción que incluía la recopilación y publicación de documentos así como organizar (y ampliar) la enseñanza de la historia nacional en la Facultad u organizar lecturas semanales sobre esos temas a los efectos de multiplicar la influencia sobre "todo argentino y hombre de pensamiento".⁽¹⁸⁾ Y si conviene detenerse en este programa de 1906 es porque aparece allí ya diseñado ese proyecto que hará suyo una joven generación de historiadores entonces en los comienzos y que será conocida como la "Nueva Escuela Histórica". Grupo que por su extensa y temporalmente prolongada hegemonía cultural, en tanto que encarnación de la historia académica y profesional, como por su exitosa estrategia de control de las instituciones educativas superiores, será de aquí en más el centro de nuestro análisis.

Ya en 1908, el entonces joven profesor de un colegio secundario de la ciudad (el Nacional Oeste), Ricardo Levene, subrayaba el rol de la enseñanza de la historia para dar un "carácter eminentemente patriótico a la enseñanza (...) cuya urgencia se hace alarmante en las propias aulas de un cosmopolitismo complejo donde se observa la verdad hecha en tipos de ideales distintos o sin ideales".⁽¹⁹⁾ Y quien esto decía sería luego profesor de dos Universidades Nacionales (Buenos Aires y La Plata), Presidente de la Academia Nacional de la Historia, director de la *Historia de la Nación Argentina* que aquella corporación realizara y una de las más editorialmente exitosas iniciativas que en este terreno produjera la historiografía argentina del novecientos, y además autor apenas pocos años después, en 1912, del quizás más popular de los manuales de Historia Argentina para los colegios secundarios (22 ediciones solamente hasta 1951).

Una actitud similar encontramos en aquella otra figura relevante de la Nueva Escuela Histórica, Emilio Ravignani, Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, y de su prestigioso *Boletín*, autor de algunas monumentales recopilaciones de documentos y profesor del estratégico Instituto Nacional del Profesorado. En una carta al decano Matienzo de 1909 ponía ya de relieve la necesidad de iniciar

la publicación de documentos según “un criterio científico y racional” en la creencia de que ellos tendrían tanta o mayor persuasividad argumentativa que las obras de los historiadores. (20)

Los historiadores de la “Nueva Escuela” que acelerarían su arribo a posiciones de poder institucional con el proceso de renovación de personas que impulsaron el advenimiento de los gobiernos radicales y la reforma universitaria de 1918, desarrollarían una vastísima tarea a los efectos de difundir una imagen del pasado nacional que se impusiera en los ambientes académicos pero que además influenciara sobre el conjunto de la sociedad. Algunos aspectos de ese proceso, como por ejemplo el papel que les cupo en las transformaciones de los planes de estudio del nivel medio (señaladamente Ravnani durante los gobiernos radicales y Carbia en los años treinta) son en este sentido muy reveladores. También lo es su papel como difusores de una imagen del pasado nacional a través de la producción o la dirección de obras que buscaban un público más vasto que el de los especialistas. Obras que se dirigirían o hacia los sectores medios con un cierto grado de instrucción formal o hacia los estudiantes de las escuelas secundarias. En este último sentido, si algo caracteriza a ese conjunto no homogéneo de historiadores (piénsese en la competencia institucional entre el grupo de Levene y la Academia y el de Ravnani y la Facultad de Filosofía y Letras) es esa preocupación por la realización de manuales. En ello tendrán imitadores luego entre los historiadores revisionistas pero no así, con alguna excepción, entre los nuevos historiadores sociales.

Los nuevos historiadores, que compartían una perspectiva profesionalista de su tarea (que los distinguía de las generaciones precedentes), tenían también un común interés por ciertos temas y períodos del pasado argentino. Casi todos trabajaron o sobre aspectos de la Argentina colonial o sobre la primera mitad del siglo XIX o sobre ambos períodos a la vez. Fueron ciertamente los casos de Levene o Ravnani, pero también de Molinari o Carbia. Un elenco que podría de todos modos alargarse hasta incluir a Juan Canter, Torre Revello o Busaniche. Pero si a todo ello agregamos que también la generación de historiadores anterior, desde Mitre a Saldías desde Groussac a Ramos Mejía, había realizado lo principal de su obra historiográfica sobre temas de aquellos mismos períodos, la conclusión a obtener es bastante obvia: la historiografía argentina al menos hasta la segunda guerra mundial había considerado como pasado digno de ser estudiado a aquél que culminaba en Caseros o Pavón, excluyendo por omisión a la historia argentina posterior a Pavón. Recorte temporal que presupone una cierta idea de la nación, de su proceso constitutivo y de los rasgos que la definen. Idea con implicancias no menores en tanto los historiadores son quienes, a través de un juego de luces y sombras proyectados sobre el pasado, crean los rasgos centrales de un cuadro conceptual de la nación en relación con el cual, el Estado o las élites dirigentes intentan articular en un conjunto social un consenso en torno a ciertos valores y una noción de pertenencia.

Pocas obras como la *Historia de la Nación Argentina* que dirigió Levene reflejan mejor ya desde su título (no historia a secas sino historia de la nación) el conjunto de problemas a discutir. La decisión de realizarla que tomó la Academia Nacional de la

Historia por su iniciativa en 1934 delimitó un marco cronológico acorde con las concepciones de sus miembros. La Historia (al menos este parece ser el proyecto original antes de decidir proponer para un futuro indeterminado una segunda parte sobre la historia contemporánea) debía culminar en 1862.(21) La distribución del espacio por períodos cronológicos privilegiará al medio siglo comprendido entre la revolución de Mayo y Caseros. Comparándola con la *Historia de América* que dirigiera el mismo Levene se observa cómo el eje cronológico de ésta se vuelca más hacia períodos contemporáneos; lo que demuestra que aquella elección temporal no está vinculada con ninguna motivación estrechamente historiográfica.(22) También si se compara la Historia de la Academia con aquel modelo europeo de la cual extrae su inspiración, y que no es ciertamente *L'évolution de l'humanité* de Henri Berr citada por el Director en el prólogo, sino la *Historie Générale* de Lavisse y Rambaud, se observa el mismo desbalance cronológico.(23) En relación con la Historia Argentina dirigida por Levene, el modelo europeo muestra un mayor interés hacia los períodos más contemporáneos.

Una obra comenzada a publicar en 1936, que finalizaba la historia de una nación de vida independiente tan corta tres cuartos de siglo antes, era algo ciertamente sorprendente y un observador como W. Robertson, que desde las páginas de la *American Historical Review* saludaba la aparición de la obra, registraba la anomalía.(24)

Una concepción tan estrecha de cuál es el pasado nacional que se debe exhibir no puede derivar tampoco del argumento de Levene de que se carecía de estudios sobre los períodos más recientes. La observación es menos exculpatoria que confirmatoria de un desmesurado interés por ciertas épocas precisas del pasado argentino. La organización de una historia de la nación argentina que termina en 1862 refleja en cambio, en primer lugar, una concepción jurídica y territorial de la nación y por ello alcanzada la unificación espacial en torno a una organización constitucional el proceso puede considerarse terminado. Y en este sentido es reveladora de la importancia de esa perspectiva territorial, la intervención de Ravignani, en la sesión de la Academia en la cual se aprobó el proyecto. Este proponía que atendiendo a la dimensión espacial "*en algunos problemas se podría alcanzar hasta el año 80 en que termina la última expedición contra el indio y se destruyen las fronteras internas para llegar a las internacionales*".(25)

La nación queda así como un molde definitivamente constituido capaz de contener en él todas las diversidades y conflictos que surjan posteriormente. Es sumamente plausible admitir que, también en el caso argentino, esa forma de recortar el pasado nacional fuera funcional para la construcción de la tradición y que en este sentido contribuyese en modo indirecto a cimentar aquella pedagogía cívica vista como respuesta a la heterogeneidad social y étnica en el clima de preocupación de la Argentina de las primeras décadas de este siglo. Y esa relación estrecha entre los historiadores de la Academia y los grupos dirigentes radicales o conservadores no es un postulado deducible de algún modelo teórico de relaciones entre intelectuales y élites de poder sino que emerge de una comprobación empírica apenas superficial. Gran parte de la labor de difusión de la historia argentina que a través de publicaciones de documentos, de libros eruditos o de

historias de síntesis realizaran los hombres de la Nueva Escuela fue posible gracias a sus fluidas comunicaciones con los poderes públicos, lo que les permitía obtener las fuentes de financiación imprescindibles para poder llevarlas a cabo.⁽²⁶⁾ Y la difusión, o sea el llegar a públicos más vastos que los especialistas, fue sin duda una de las preocupaciones mayores y uno de los factores de éxito y de la perdurabilidad de aquel grupo de historiadores.

En ese sentido, la Historia de la Academia no podría haberse publicado sin un decreto del Poder Ejecutivo y una ley aprobada por el Congreso Nacional que financiaba su publicación. Al hacerlo, el Poder Ejecutivo observaba la importancia de la obra para *"avivar el conocimiento histórico y geográfico de nuestro país (...) contribuyendo con ello a apreciar en su valiosa importancia los faustos acontecimientos de nuestra nacionalidad y el cariño y respeto que ellos se merecen por parte del pueblo"*.⁽²⁷⁾ En la cámara no faltaron por lo demás algunos debates entre diputados conservadores y socialistas acerca del rol de los extranjeros en la conformación de la nacionalidad. El diputado socialista Ghioldi, por ejemplo, subrayaba que esperaba que no se omitiese el estudio de la inmigración, sin reparar que difícilmente una historia que se proponía llegar hasta 1862 y dejaba para un futuro incierto el estudio de períodos más recientes, pudiera contentarlo.⁽²⁸⁾

Si la *Historia de la Nación Argentina* terminó en la mayoría de las bibliotecas públicas argentinas y en muchas privadas alcanzando un éxito no menor en promover una imagen canónica del pasado argentino, una influencia aun más extensa tendrían los manuales que algunos miembros de la Academia realizarían. El caso emblemático es las *Lecciones de Historia Argentina* de R. Levene, que publicado originalmente en 1912 trataba de dar una visión remozada (y más erudita) del pasado argentino abriéndose episódicamente a temáticas económicas, culturales y aun historiográficas.⁽²⁹⁾ Venía a competir en el momento de su aparición con antiguos manuales en uso como los de Domínguez, Freguero, Vicente Fidel López o con el de Manuel Pelliza publicado en 1910.⁽³⁰⁾ Con respecto a estos últimos el de Levene además de la mayor apertura temática tenía las ventajas de una forma más ágil y sistemática de exposición de la información (y en la cual los subtítulos ocupaban un lugar no desdeñable). Todo ello puede ayudar a explicar no sólo su éxito perdurable aún hasta los años sesenta, sino el que en la forma de organizar y presentar los contenidos fuera tomado como guía por tantos manuales posteriores. En los prólogos a las sucesivas ediciones el presidente de la Academia Nacional de la Historia explicitaba su modelo: el manual de Lavisé. Pero éste no proveía tan sólo de un modelo pedagógico sino también una justificación del rol central que le correspondía a la historia en el proceso educativo no sólo como formadora de la nacionalidad sino también como educadora moral.⁽³¹⁾

Levene no fue el único miembro de la Academia de la Historia que produjo un manual. Otros lo harían como J.C. Raffo de la Retta, Julio Aramburu (o más tarde Leoncio Gianello).⁽³²⁾ Raffo hizo muy explícito en el prólogo el rol que le cabía a la historia patria: en un país cuyos estudiantes secundarios son en buena parte hijos de extranjeros, la historia debía traer la unidad espiritual sustituyendo los héroes y los recuerdos poetizados de la

nación de origen inculcados por sus padres con las glorias del pasado nacional. Inculcar los valores que conformaron a la nación crearía también según el autor *"una fuerza mental de contención ante conceptos y doctrinas fundamentalmente inaplicables a nuestra formación histórica"*. De donde concluía el académico mendocino: *"bien pudiera decirse de esta materia (la historia) que es la toma de posesión de la nacionalidad"*.⁽³³⁾ Con tonos más circunspectos, el prólogo de Aramburu expresa ideas semejantes señalando el papel que la *"hermosa tradición de la patria"* tiene en la conformación del *"patrimonio tutelar de la nación"*, cuya unidad espiritual, que encuentra sus raíces en la sociedad colonial está definitivamente conformada en el momento de la organización nacional.⁽³⁴⁾

Más allá de los prólogos, otra forma de aproximarnos a su visión del pasado es observar en el cuadro 1 la distribución del espacio asignado a la Argentina independiente en los manuales señalados. Y la casuística podía haberse extendido sin modificaciones visibles si se hubieran incluido otros textos de estudiosos como el de Julio Lafont⁽³⁵⁾ u otros de autores no próximos a la Academia, como el del antiguo profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Buenos Aires a principios de los años cincuenta, Sáenz Valiente o el manual proto-revisionista de Cobos Daract.⁽³⁶⁾ Este último, por ejemplo, dedicaba del total de alrededor de 900 páginas en dos tomos sobre la Argentina desde los orígenes coloniales, tan sólo 13 páginas al período 1862-1922!

El problema del interés excluyente hacia el período heroico y fundacional de las guerras de independencia no es de todos modos exclusivo de los manuales argentinos, comprobaciones semejantes en cuanto al desmesurado espacio concedido a esas décadas en los textos han sido señalados también para los casos de Colombia y Venezuela.⁽³⁷⁾

El criterio de analizar la distribución del espacio asignado a los distintos períodos no es excluyente de otros que analicen en cambio los contenidos con los cuales la información es presentada; sin embargo la cantidad de espacio que se le asigna a cada hecho, a cada período o a cada segmento de la vida histórica es muy indicativo no sólo de las preferencias del historiador sino también de las líneas maestras que éste quiere resaltar. Los manuales de texto secundario con los cuales estudiaban los jóvenes argentinos del período de entreguerras podían tener diferencias de opinión acerca del papel de Rosas o acerca de la importancia a asignar al período colonial (Levene por ejemplo le dedicaba la totalidad de uno de los dos tomos de la obra, Sáenz Valiente un cuarto del único tomo) pero en lo que no discrepaban es en la distribución del espacio en el período independiente. Los esfuerzos estaban concentrados en especial en aquella primera década 1810-1820 a la cual le dedicaban el 52% del espacio Raffo, el 50% Lafond, el 43% Aramburu y el 35% Levene. El lector puede apreciar en el cuadro 1 cómo a partir de allí la tendencia es decreciente en cuanto al espacio asignado a cada década sucesiva. Si de todas formas se analiza globalmente el espacio dedicado a los primeros cincuenta y dos años de vida independiente (1810-1862) se observa que las diferencias entre los distintos manuales se acortan: Raffo de la Retta le dedica el 90% del espacio, Aramburu el 92% y Levene el 83%. Qué queda para los sesenta años posteriores? Apenas entre un 8% y un 17%. Y ello difícilmente pueda ser atribuido tan sólo o aun principalmente a los programas de estudio. Ciertamente ningún

programa de estudio obligaba a la Historia de la Academia o a manuales como los de Levene o Aramburu, instrumentos polifuncionales que se utilizaban para distintos años del secundario o aun para cursos preuniversitarios y cuya larguísima perdurabilidad los autonomizaba de programas específicos. Lo que no quiere decir que dichos programas no hayan de todos modos compartido esa visión de una historia argentina que debía desarrollarse centralmente en aquellos años comprendidos sobre todo entre la revolución de mayo y los comienzos del gobierno de Rosas.

Preguntándonos entonces por los temas de la inmigración y de la “cuestión social” la primera comprobación es que los alumnos de historia de los colegios secundarios, difícilmente tuvieran el tiempo de llegar a ellos, atareados en aprender las vidas ilustres de los padres fundadores, los nombres de innumerables batallas de las guerras de independencia y civiles, o de tantos gobernadores (desde los integrantes de los triunviratos hasta el galimatías de los gobernadores del año veinte), o la no menos fatigosa descripción de tratados, medidas culturales o económicas adoptadas por los distintos gobiernos. En la hipótesis más optimista de que arribaran al brevísimo suplemento de historia contemporánea colocado en las últimas páginas del curso, ¿qué imagen emerge de aquellos dos problemas?

Abramos nuevamente las páginas de la vigésimo primera edición de las *Lecciones de Historia Argentina* escritas por Ricardo Levene. La organización del relato en el período que nos interesa (1852-1922) establece los cánones que luego se convertirán en tradicionales de los manuales argentinos, esto es la exposición cronológica de los hechos y la organización de la información (con algunas excepciones como el capítulo XXXVII dedicado a la cultura nacional), en torno a la acción de los distintos Presidentes. Dentro de esas apenas poco más de cien páginas dedicadas al crucial período de formación, consolidación y crisis de la Argentina moderna, como el lector puede imaginar escaso relieve ocupa el tema de la inmigración o el de la cuestión social. El comienzo de la lectura de esa parte parece sin embargo prometedor: 28 renglones describen los inicios de la inmigración y la colonización durante la Presidencia de Urquiza, las características de los contratos y una somera descripción de la evolución de las primeras colonias.⁽³⁸⁾ El optimismo deja pronto lugar a la decepción: ninguna referencia en la parte dedicada a la presidencia de Mitre y tras un capítulo de 9 páginas asignado a la guerra del Paraguay, un renglón del apartado correspondiente a la obra de Sarmiento, nos informa que “*la inmigración recibió un poderoso impulso, fundándose en el país numerosas colonias*”.⁽³⁹⁾ El lector espera encontrar novedades en el tratamiento de la presidencia Avellaneda pero se equivoca. Apenas una escueta mención: dos renglones se refieren al ingreso total de inmigrantes en el período y otros tres nos informan acerca de que la conquista del desierto (a la que se le dedican 34 líneas) posibilitó que el extranjero poblara y cultivara la Patagonia gracias a que el Presidente “*trazó un vasto plan sobre la tierra pública y su reparto*”.⁽⁴⁰⁾ En esta escueta y discutible frase (y en otra breve referencia, tres páginas más adelante, al rol de la inmigración española e italiana en el desarrollo de la agricultura y en la extinción del gaucho) queda contenida toda la política de colonización del Estado

argentino, sus alcances y sus límites así como el rol desempeñado por la ley de 1876 destinada a fomentar la inmigración, la cual no es ni siquiera mencionada por el autor.

El libro de Levene avanza raudamente a través de las Presidencias argentinas abiertas tras la consolidación territorial y política del 80. Los inmigrantes que comienzan a arribar en grandes cantidades desde mediados de esa década desaparecen de la escena. Algunas cifras dispersas ocasionalmente nos informan del número de extranjeros ingresado por el puerto de Buenos Aires o de la cantidad de ellos presentes en el censo nacional de 1895.

La cuestión social recibe una atención aun más reducida, un fragmento breve (11 renglones) nos informa acerca de "Agitaciones sociales"(41) y en él se describe brevísimamente el accionar de "algunos movimientos obreros extremistas" que culminaron con el asesinato del Jefe de Policía de Buenos Aires en 1909 y en un atentado contra el Teatro Colón. Otro breve párrafo da cuenta de las primeras leyes obreras (y del rol en ellas del primer diputado socialista). Nada se dice en cambio de los orígenes del movimiento obrero, del nacimiento del partido socialista o del surgimiento de sindicatos socialistas o anarquistas, pero en demostración de que no se trata de una omisión debida necesariamente a perspectivas políticas, tampoco se hacen referencias a la labor desarrollada contemporáneamente desde el social cristianismo hacia la cuestión. Nada hay tampoco acerca de otras leyes tendientes a controlar las agitaciones obreras como la de Residencia o la de Defensa Social. La llamada "Semana Trágica" ocurrida durante el primer gobierno de Yrigoyen no es mencionada.

La imagen de la inmigración y de la cuestión social provista por el libro de Levene no diferirá en mucho de la que brinda el de Julio Aramburu. El Manual de éste competirá con aquél, en el sentido de que ambos textos, aunque dirigidos al público de los colegios secundarios, tenían la pretensión de dar algo más que un simple texto escolar y ello puede observarse no sólo por el número de páginas que duplicaba el de aquellos sino por el prestigio de los autores. Y aunque en este punto, el de Levene era mucho mayor, de todos modos el mismo Aramburu había sido colaborador en la *Historia de la Nación Argentina* editada bajo la dirección del primero.

La obra, que llegaba a su octava edición en 1960 (que será la que ahora utilizaremos para nuestro análisis) extendiendo las 455 páginas en un tomo de la edición de 1939 a ochocientas páginas en dos tomos, seguía un esquema semejante a la de Levene.(42) Un notorio desbalance de espacio en favor de los períodos más tempranos y una organización de la información también en torno a la acción de distintas Presidencias. Nuevamente aquí, un relativamente destacado lugar (como en el caso de Levene) se asignaba a los primeros intentos de colonización con inmigrantes europeos que tuvieron lugar durante la Presidencia de Urquiza.(43) El tema de la inmigración desaparece luego y una amplia cobertura recibe en cambio la guerra del Paraguay (un capítulo de 7 páginas). Al llegar a la Presidencia de Avellaneda (once páginas en total) el lector busca en vano alguna referencia a la Ley de 1876 de Inmigración y Colonización. El argumento migratorio es liquidado aun más lacónicamente que en el caso de Levene, apenas un (Avellaneda) "*favorece la inmigración*"(44). Cuatro páginas se le otorgan en cambio al tema del traslado de los restos

del General San Martín al país. En el estudio de la obra de las Presidencias de Roca y Juárez Celman en que el movimiento migratorio deviene masivo al amparo de la coyuntura económica y en menor medida de las políticas estatales, el tema no es siquiera mencionado. Reaparece en otra brevísima frase: “favoreció la inmigración” en la página 364, al tratar la acción de gobierno de Luis Sáenz Peña y al transcribir los datos del Censo de 1895.

El análisis de la “cuestión social” tampoco recibe un mayor espacio en el libro de Aramburu. Ninguna referencia a los orígenes del movimiento obrero o a medidas como la Ley de Residencia. Cuatro líneas nos informan que “*La lucha del capital y el trabajo provocaron serias agitaciones obreras que terminaron con la vida de R. Falcón lo que motivó la sanción de la Ley de Defensa Social*”.(45) Como puede observarse además, el carácter extranjero (real o presunto) de los obreros no es mencionado por el autor. Tampoco lo es más que indirectamente en las seis líneas dedicadas a los conflictos sociales durante la Presidencia de Yrigoyen, obra según el autor de agitadores sociales que son expulsados del país. Tan escasa preocupación contrasta con las treinta líneas dedicadas a la institución como feriado nacional del 12 de octubre como día de la raza, aunque sin indicar que ello era el resultado de una solicitud de las sociedades españolas creadas por los inmigrantes.

Si desplazamos nuestra atención hacia los textos vigentes en la década de 1960, la primera e inmediata comprobación es que el panorama no ha cambiado. Ante todo siguen en circulación los viejos libros de Levene, Aramburu o Lafont, luego porque los nuevos manuales en boga no presentan diferencias de significación con aquellos. Se trata ahora de textos no hechos por historiadores eruditos y prestigiosos sino por anónimos profesionales en su mayoría profesores de colegios secundarios. Como puede verse en el cuadro 2, construido en base a tres de los manuales de aquellos años: el de Ibáñez, el de M. Etchart y M. Douzón o el del antiguo profesor del Colegio Nacional de Buenos Aires Turrens, en todos ellos se repite un esquema de asignación del espacio a los distintos temas que es similar al de los libros analizados para veinte años antes.(46) La primera década independiente (1810-1820) recibe un 35% del espacio en la obra de Etchart y Douzón, un 38% en la de Turrens y un 44% en la de Ibáñez. Si analizamos globalmente el primer medio siglo independiente (1810-1862), Turrens le dedica el 82% del total de páginas, Ibáñez el 85% y Etchart y Douzón el 80%; es decir que el siglo posterior a Pavón recibe también en estos tres casos un escasísimo interés.

Desplacemos ahora nuestra observación hacia uno de estos manuales menos ambiciosos que en sus dimensiones y en su gráfica denuncian mejor un propósito de dirigirse exclusivamente hacia el público estudiantil. Célebre entre los estudiantes, como lo revela el número de reediciones, fue el texto de J. Cosmelli Ibáñez (diecisiete ediciones entre la primera de 1961 y la de 1972). 536 páginas en total dedicadas a la Historia argentina desde el descubrimiento de América hasta 1943. El desbalance en la distribución del espacio no jugaba en este caso tan sólo contra el período más reciente. Las 116 páginas dedicadas a la época colonial contrastaban con las casi trecientas dedicadas al lapso comprendido entre la revolución de mayo y Caseros (1810-1852). Ochenta páginas tan sólo para el período

de nuestro interés, desde Caseros hasta la revolución de 1930. Algunas líneas nos informan al igual que en los libros precedentes de los primeros intentos de colonización durante la Presidencia de Urquiza. Luego, y quizás por haber sido escrito bastante más tardíamente que los anteriores (comparando las respectivas primeras ediciones) el libro de Ibáñez dedica una mayor atención al tema inmigratorio. Difícilmente ello haya ido en ventaja de la comprensión del problema ya que se trata en todos los casos de breves frases que recuerdan monótonamente, al analizar la obra de gobierno de cada Presidente, el lugar relevante otorgado al fomento de la inmigración. Cifras globales por sexenios o de años escogidos de las presidencias de Mitre, Sarmiento, Avellaneda (con una fugaz enunciación además de la Ley de 1876), Roca y Juárez Celman acompañan rítmicamente las cortas y repetidas frases.

La cuestión social tenía también un lugar, globalmente modesto pero de todos modos más amplio que el que le asignaban Levene y Aramburu. En el estudio de la Presidencia de Roca se nos informa de las huelgas y los conflictos sociales, provocados según el autor por los bajos salarios y las malas condiciones de vida, y de la organización de los trabajadores en sindicatos socialistas y anarquistas. Una página entera dedicaba Ibáñez (con dibujo incluido del atentado a Ramón Falcón) a las agitaciones sociales de 1909 durante el gobierno de Figueroa Alcorta. En él se hacía explícita alusión al rol de los inmigrantes (en este caso italianos) en la introducción de las ideas anarquistas.(47) Otra página con foto se le dedica a la "Semana Trágica" ocurrida durante el gobierno de Yrigoyen, causada según el autor por la situación económica tanto como por el accionar de "extranjeros agitadores que deseaban tomar el gobierno".(48) Viendo esas ilustraciones uno se siente tentado de creer comprender las razones del éxito de este manual: capacidad de recuperar en forma instrumental aquella que Seignobos consideraba la gran ventaja comparativa de la historia como pedagogía: la atracción que ejerce sobre el alumno por su carga dramática el hecho histórico, sobre todo si de argumento político y de período contemporáneo.

Pero si dirigimos nuestra mirada a un manual más formal como el de Turrens, no encontramos más allá de las distintas entonaciones o de la mayor sistematicidad en la exposición de los contenidos, diferencias temáticas u organizativas de fondo. Muy poco espacio para inmigrantes (y siempre las referencias más extensas son para la primera fase colonizadora) y mucho para la guerra del Paraguay, poco a la ley de inmigración de 1876 y mucho a la conquista del desierto.(49) Las referencias en este caso hacia las primeras organizaciones sindicales son mucho más comprensivas y explicativas aunque poco menos escuelas que en los casos anteriores.(50)

Visto el problema en términos más generales, no sólo se trata de que los nuevos manuales repiten esa predilección de los precedentes por las primeras décadas posteriores a 1810 sino que al menos para el período que nos interesa, la organización del discurso histórico, los argumentos a resaltar (como la guerra del Paraguay) o la forma de presentar los contenidos (como la organización de la información por Presidencias) siguen puntualmente los modelos anteriores. La inmigración por ejemplo no sólo está casi

siempre ausente sino que cuando está presente lo es asociada con exclusividad con la colonización, sugiriendo así que los inmigrantes se habrían dirigido sólo a las áreas rurales. La "cuestión social" no aparece ante los ojos del alumno como así tampoco las nuevas condiciones de la vida urbana, y cuando el tema emerge ocasionalmente lo hace bajo brevísimas referencias a episodios violentos atribuidos a agitadores profesionales mayoritariamente, aunque no siempre, descriptos como extranjeros.

El repetirse en todos los casos de los mismos temas relevantes y de las mismas omisiones muestra en realidad un fuerte efecto inercial en los textos educativos impuesto por los modelos prestigiosos, lo que contribuye a explicar el retraso en asimilar las nuevas modas historiográficas. En el caso argentino, difícilmente se pueda eximir de responsabilidad en ello a la historiografía académica. Si los manuales seguían exhibiendo un apego hacia la forma ya por entonces tan tradicional de hacer historia que había propuesto medio siglo antes la Nueva Escuela ello era el resultado de que difícilmente los productores de manuales encontrarán por entonces otro modelo "prestigioso" en la cultura argentina, es decir un modelo con un consenso amplio en la sociedad, más allá de los cenáculos universitarios, en el cual apoyarse. Los nuevos historiadores sociales en la década del 1960, como subrayara Halperín,⁽⁵¹⁾ pese a lo que pueda indicar una ilusión retrospectiva, ocupaban por entonces un espacio institucional limitado y con la probable excepción de José Luis Romero eran escasamente conocidos fuera de los ambientes de la profesión. La gente de la "Nueva Escuela" continuaba ejerciendo un claro predominio a través de la Academia Nacional de la Historia, del Instituto del Profesorado o del mismo Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (en manos por entonces del discípulo de Ravnani, Ricardo Caillet Bois) o de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata (en manos de Enrique Barba).

En realidad en el espacio cultural extrauniversitario quienes con más eco de público intentaban cuestionar en esos años la hegemonía de la historiografía académica eran los revisionistas, corriente nacida en muchos casos pero no en todos en los márgenes de las estructuras institucionales y que había ocupado un considerable lugar en algunos ámbitos universitarios en el primer decenio peronista. En los sesenta se presentaba sin embargo como un típico ejemplo de "contrahistoria" con su ataque a la historia oficial y a las instituciones académicas. Un dato a señalar es que desde el punto de vista del período que les interesaba, los revisionistas no se diferenciaban de sus enemigos académicos. Si bien les preocupaba la época de Rosas y no la primera década independiente, siempre era aquella primera mitad del siglo XIX de la cual los historiadores argentinos se estaban ocupando desde Mitre. Así ocurría en las obras de Irazusta, José María Rosa, Gabriel Puentes o Muñoz Azpiri por citar sólo algunos pocos casos. Al convertirse pues estos autores en un modelo historiográfico de referencia para aquellos escritores de manuales que seguirían sus posiciones políticas, es lógico que no hubiera en éstos un cambio significativo con relación a los textos anteriores en cuanto a los temas destacados y a aquellos olvidados.

El cuadro 3 es bastante indicativo al respecto. Los manuales de Fernández Arlaud

y sobre todo el de Ocón, surgidos en aquel proceso de expansión del nacionalismo populista que caracterizaría la primera mitad de la década del setenta no distribuyen el espacio entre los distintos períodos de modo diferente a como lo hacían sus predecesores: Ocón dedica el 85% al período 1810-1852 y Fernández Arlaud el 89%.⁽⁵²⁾ Este último dedica el 51% de todo el espacio dedicado a la Historia Argentina independiente al período 1810-1820, es decir un porcentaje superado sólo por el 52% de Raffo en los manuales analizados en los cuadros. El tratamiento del tema presenta, dentro de una similar parquedad a la de los manuales predecesores, algunos rasgos novedosos. En tanto estos autores parten de un análisis crítico del proceso de conformación de la Argentina moderna entre fines del siglo XIX y principios del veinte tienden a enfatizar (por ejemplo Fernández Arlaud) al proceso migratorio como fracaso y a subrayar la dificultad de acceso a la tierra, la urbanización y el retorno.⁽⁵³⁾ En Ocón ambas cuestiones, inmigratoria y social adquieren un tono más exaltado. Los inmigrantes cuando no son ignorados son fugazmente traídos al centro de la escena para ser hostigados como responsables de los problemas de la Argentina futura y de la "cuestión social" contemporánea.⁽⁵⁴⁾ Cerrando el círculo, esta última era el resultado según el autor de las "terribles frustraciones" que los inmigrantes habían traído al país.⁽⁵⁵⁾

¿Han cambiado las cosas en los manuales producidos en los últimos años? La respuesta sería afirmativa viendo por ejemplo el reciente texto coordinado por S. Jáuregui.⁽⁵⁶⁾ Las dudas se acrecientan en cambio al comprobar que muchos de aquellos manuales de los sesenta y setenta que enumeramos siguen todavía en circulación y aunque hayan incluido nuevos capítulos o nuevos temas, no parece que la visión antes descripta se haya modificado sustancialmente. Así por ejemplo, el de Etchart y Douzón en un capítulo dedicado a la "Argentina aluvial" incluye como novedad aquella antigua contraposición germaniana entre masa criolla tradicional y masa migratoria moderna acerca de la cual lo primero que puede decirse es que se basa en argumentos derivados de teorías sociales como la de la modernización en base a las orientaciones normativas de los actores sociales, en boga en las ciencias sociales no hoy sino treinta años atrás.⁽⁵⁷⁾

El problema más relevante de la situación actual no es quizás la aparición de manuales con enfoques nuevos sino saber en qué medida ellos conseguirán capturar una parte significativa del mercado de libros de texto. La posibilidad de que ello suceda quizás deba vincularse no sólo con lo que ocurra con la manualística sino también con lo que suceda a nivel de la historiografía académica o de "prestigio". Si los historiadores renovadores consiguen imponer en el conjunto social una nueva visión del pasado nacional con énfasis en nuevas áreas, nuevos temas y en períodos distintos a aquel prestigioso medio siglo posterior a la revolución de mayo, disponer de libros de texto más actualizados y que alcancen una mayor difusión será más factible.

NOTAS

(*) Paper presentado en la *Primera Conferencia Argentino-Alemana sobre libros de texto para la enseñanza de la Historia*, Buenos Aires, abril, 1991.

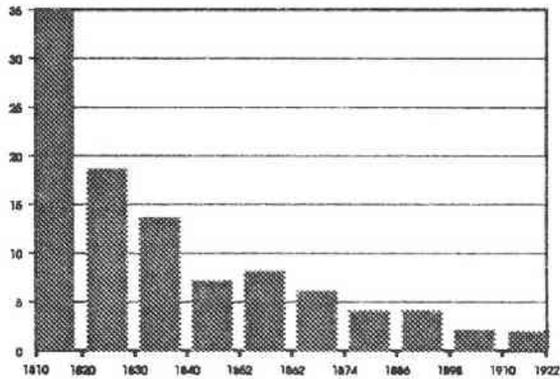
- (1) GELLNER, E., *Nations and Nationalism*, Oxford, 1983, págs. 48-51. También ANDERSON, B., *Imagined Communities*, Londres, 1983; y HOBSBAWN, E., *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, 1990.
- (2) OZOUF, M., *L'école de la France. Essais sur la Révolution, l'utopie et l'enseignement*, París, 1984, en especial págs. 185-265 y 400-415.
- (3) GERARD, A., "A l'origine du combat des Annales: positivisme historique et système universitaire", en CARBONELL, C.O. y LIVET, G. (comps.), *Au berceau des Annales*, Toulouse, 1980, págs. 84-86.
- (4) ASOR ROSA, A., "La Cultura", en ROMANO, R. y VIVANTI, A. (comps.), *Storia d'Italia. Dall'Unità a oggi*, Turín, 1975, vol. IV, t.2, págs. 925-940; y LANARO, S., *Nazione e Lavoro. Saggio sulla cultura borghese in Italia, 1870-1925*, Padova, 1979.
- (5) REAL DE AZUA, C., *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, 1990, págs. 53-75 y 227-241. Cfr. también CAETANO, G., "Notas para una revisión histórica sobre la 'cuestión nacional' en el Uruguay", en ACHUGAR, H., *Cultura(s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, Montevideo, 1991, págs. 17-45.
- (6) ROMERO, J.L., *Mitre: un historiador frente al destino nacional*, Buenos Aires, 1943, págs. 11-12.
- (7) MITRE, B., *Páginas de Historia*, Buenos Aires, 1906.
- (8) Acerca de la difusión del darwinismo en especial MONSERRAT, M., "Presencia del evolucionismo", en BIAGGINI, H. (comp.), *El Movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, 1985, págs. 210-222.
- (9) ALCORTA, A., *La instrucción secundaria*, Buenos Aires, 1916, pág. 232; ROUQUETTE de FONVIELLE, A., *La enseñanza secundaria en la República Argentina, en República Argentina, Censo General de Educación levantado el 23 de mayo de 1909*, Buenos Aires, 1910, t. III (monografías), págs. 113-114.
- (10) BARBERO, M.I. y ROLDAN, D., "Inmigración y educación (1880-1910). La escuela como agente de integración?", en *Cuadernos de Historia Regional*, III, N° 9, Luján, agosto 1987, págs. 74-76.
- (11) Tampoco lo es en otros casos sudamericanos en la segunda mitad del siglo XIX como Colombia o Venezuela. Cfr. HARWICH VALLENILLA, N., "Imaginario colectivo e identidad nacional. Tres etapas en la enseñanza de la historia en Venezuela" y KONIG, H.J., "Los caballeros andantes del patriotismo. La actitud de la Academia Nacional de la Historia Colombiana frente a los procesos de cambio social"; ambos en RIEKENBERG, M. (comp.), *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, 1991, págs. 78-79 y 138-139. Ambos autores señalan el escaso papel atribuido a la historia nacional en la enseñanza en ese período.
- (12) SARMIENTO, D.F., *Condición del extranjero en América*, en *OBRA COMPLETAS*, Buenos Aires, 1953, t. XXXVI, págs. 337-383.
- (13) PIZZURNO, P., "La formación del sentimiento nacional en las escuelas argentinas", en *El educador Pablo A. Pizzurno. Medio siglo de acción cultural en la enseñanza secundaria, normal y primaria*, Buenos Aires, 1934, págs. 228-231.
- (14) CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION, *La educación común en la República Argentina*, Buenos Aires, 1913, págs. 7-9; RAMOS, J.P., *Historia de la instrucción primaria en la República Argentina, 1880-1910*, Buenos Aires, 1910, en especial t. 1, cap. VIII; BUNGE, C.O., "La educación y la disciplina social", en *El Monitor de la Educación Común*, XXIX, N° 449, 31 de mayo 1910, págs. 327-340; MASSA, A., *Educación y Gobierno*, La Plata, 1913, en especial págs. 50-53 y 63-68.
- (15) OLAECHEA y ALCORTA, B., "Estudio de la historia nacional en la enseñanza primaria y secundaria", en *El Monitor de la educación común*, op. cit., págs. 413-415.
- (16) ROUQUETTE de FONVIELLE, A., op. cit., págs. 140-141.
- (17) ROJAS, R., *La Restauración Nacionalista*, Buenos Aires, 1971, págs. 156-162.
- (18) D. Peña a J.N. Matienzo, 30/05/1906, en Archivo del Instituto Ravignani, serie 9, bibliorato 1. Del mismo Peña véase también su nota "Misión del Estado con relación a la Historia Nacional", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año II, t. IV, 1905.
- (19) Citado por ROJAS, R., op. cit., págs. 115-116.

- (20) E. Ravignani a J.N. Matienzo, 25/08/1909, en Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, B-5-15, Nº 1.
- (21) LEVENE, R. (director), *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1936-1951, 14 vol.
- (22) LEVENE, R. (director), *Historia de América*, Buenos Aires, 1940-1943, 14 vol.
- (23) LAVISSE, E. y RAMBAUD, A., *Histoire générale de la France*, París, 1894 y ss., 10 vol.
- (24) *American Historical Review*, vol. 43, abril 1938, transcripción en LEVENE, R. (director), *Historia de la Nación...*, op. cit. pág. 52-53.
- (25) Academia Nacional de La historia, sesión del 19 de mayo 1934, transcrita fragmentadamente en *Ibidem*, pág. 75.
- (26) Sobre este punto, en especial los requerimientos financieros del Instituto de Investigaciones Históricas que dirigieran Luis M. Torres primero y más tarde E. Ravignani, es reveladora la correspondencia existente en el Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, B-5-15, doc. Nº 2, 3, 8, 15 y 17.
- (27) Reproducido en LEVENE, R. (director), *Historia de la Nación...*, op. cit., pág. 79.
- (28) *Idem*, págs. 80-87.
- (29) LEVENE, R., *Lecciones de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1950, 21a. edición (ed. original 1912), 2 vol. (con prefacio de J.V. González).
- (30) PELLIZA, M. *Historia Argentina desde su origen hasta la Organización nacional*, Buenos Aires, 1910; LOPEZ, V.F., *Manual de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1916. El trabajo que tenía un estudio preliminar de Carlos Ibagüen y estaba dedicado a "los profesores y maestros de la enseñanza" tenía como elemento más original una introducción metodológica acerca de la Historia.
- (31) LEVENE, R., *Lecciones...*, op. cit. El modelo invocado en este caso es LAVISSE, E., *Histoire de France (cours moyen)*, París, 1918, 13a. edición (primera ed. 1903). En este caso si bien la distribución entre historia pre y pos 1789 era equiparable a la propuesta por Levene para el período colonial e independentista, al interior del período "contemporáneo" la fase englobada entre 1848 y principios de siglo ocupaba en Lavissee el 43% del espacio dedicado a la época posterior a 1789.
- (32) RAFFO de la RETTA, J.C., *Lecciones de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1940; ARAMBURU, J., *Lecciones de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1939; GIANELLO, L., *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1958.
- (33) RAFFO de la RETTA, J.C., op. cit., págs. VIII-IX.
- (34) ARAMBURU, J., op. cit., págs. 7-11.
- (35) LAFONT, J., *Historia Argentina. Cursos secundarios y normales*, Buenos Aires, 1942.
- (36) COBOS DARACT, J., *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1931, 2 vol.; SAENZ VALIENTE, J.M., *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1951.
- (37) Cfr. HARWICH VALLENILLA, M., "Imaginario colectivo...", op. cit.; y COLMENARES, G., "La batalla de los manuales en Colombia", en RIEKENBERG, M. (comp.), op. cit., págs. 124-128.
- (38) LEVENE, R., *Lecciones...*, op. cit.
- (39) *Idem*, pág. 414.
- (40) *Idem*, pág. 424.
- (41) *Idem*, pág. 467.
- (42) ARAMBURU, J., *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1960, 8a. edición, t. II.
- (43) *Idem*, págs. 295-296.
- (44) *Idem*, pág. 338.
- (45) *Idem*, pág. 374.
- (46) TURRENS, J.F., *Curso de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1966; COSMELLI IBAÑEZ, J., *Historia Argentina (curso de tercer año)*, Buenos Aires, 1961; ETCHART, M. y DOUZON, M., *Historia Argentina (curso de tercer año)*, Buenos Aires, 1961.
- (47) COSMELLI IBAÑEZ, J., op. cit., pág. 479.
- (48) *Idem*, pág. 486.
- (49) TURRENS, J.F., op. cit., págs. 201-215.
- (50) *Idem*.
- (51) HALPERIN DONGHI, T., "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985), en *Desarrollo Económico*, Nº 100, Buenos Aires, enero-marzo 1986, págs. 492-495.

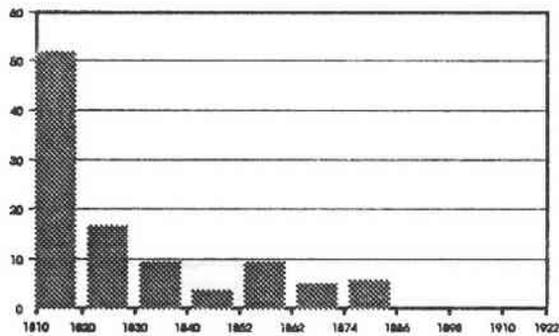
- (52) FERNANDEZ ARLAUD, S., *Historia Argentina* (curso tercer año), Buenos Aires, 1970; OCON, J., *Historia Argentina* (tercer año ciclo básico), Buenos Aires, 1974.
- (53) FERNANDEZ ARLAUD, S., op. cit., págs. 351-367.
- (54) OCON, J., op. cit., págs. 478-479.
- (55) *Idem*, pág. 541.
- (56) JAUREGUI, S. (coord.), *Historia 3*, Buenos Aires, 1990.
- (57) ETCHART, M., DOUZON, M. y BABINI, M., *Argentina desde 1932 y el mundo contemporáneo*, Buenos Aires, 1987, pág. 106.

CUADRO 1
Distribución del espacio asignado a la Argentina independiente
en 4 manuales de entreguerras

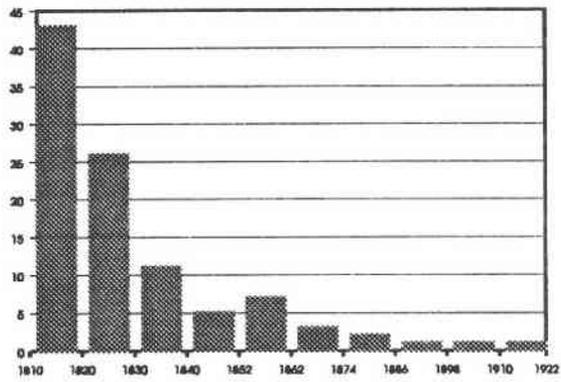
R. Levene (1944 - primera edición 1912)



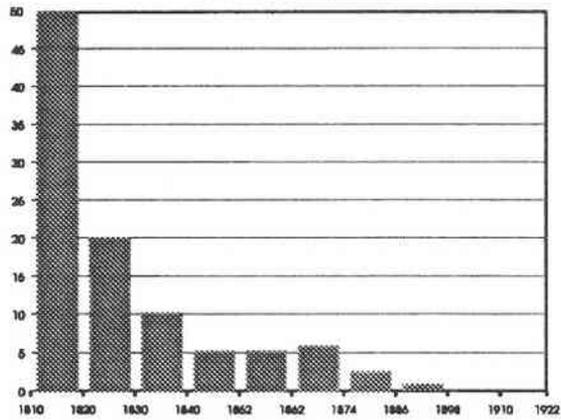
J. C. Raffo de la Retta (1941)



J. Aramburu (1939)

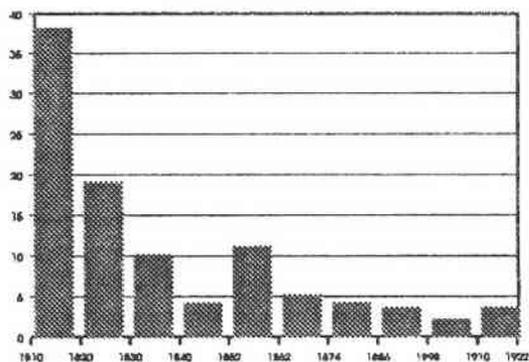


J. Lafond (1942)

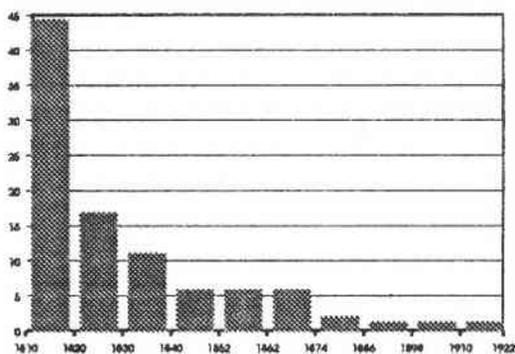


CUADRO 2
Distribución del espacio
en 3 manuales del ciclo básico de los años 60

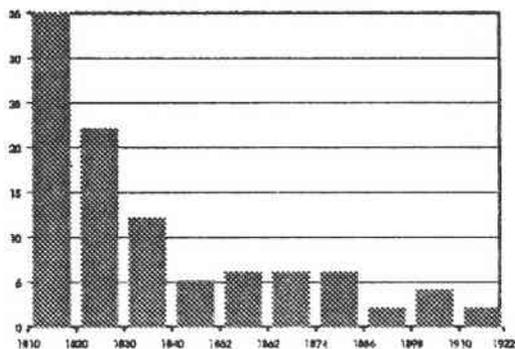
J. Turrans (1966)



J. Ibañez (1961)

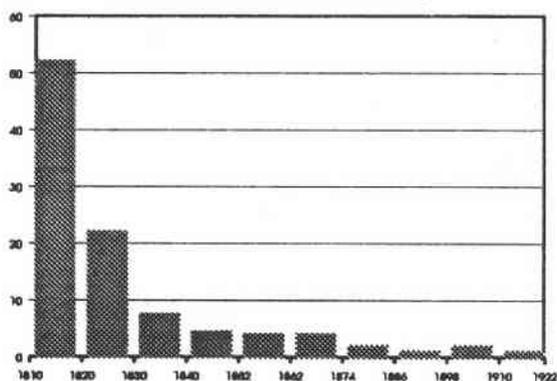


Etchart - Douzon (1961)



CUADRO 3
Distribución del espacio asignado a la Argentina independiente
en 2 manuales revisionistas o perirevisionistas

S. Fernandez Arlaud (1970)



J. Ocón (1974)

